EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

# CONTINENTAL EXPRÉSS

MONÓLOGO EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

*(Sucesor de Hijos de A. Gullón)*

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.º

1899

# CONTINENTAL EXPRÉSS

# CONTINENTAL EXPRESS

MONÓLOGO EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

---

Escrito expresamente para **Don José Rubio**, y estrenado en la noche de su beneficio en el TEATRO LARA el 14 de Marzo de 1899



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

*Teléfono número 551*

1899

*Al celebrado actor*

# Pepe Rubio

que tanto se hizo aplaudir en este monólogo, en prueba de cariño, su siempre amigo

*Miguel Echegaray*

# PERSONAJE

DON JOSÉ............................ SR. RUBIO.

# ACTO ÚNICO

Habitación pobre. A la derecha el fogón, sillas de madera y una tinaja: á la izquierda tres cunas donde duermen tres niños: la habitación está dividida por unas cortinas de cretona que separan la cocina de la alcoba.

## ESCENA UNICA

DON JOSÉ, soplando la lumbre con un fuelle

(Cantando.)
Yo tengo una bicicleta,
que me costó mil pesetas
y que corre más que el tren.

Ahora comprendo yo por qué todas las cocineras cantan desaforadamente mientras trajinan en su fogón y avivan la lumbre. El canto, indudablemente, ayuda á trabajar; ayuda, sobre todo, á soplar. Tiene su compás el canto y tiene su compás el fuelle, y uno y otro se armonizan; porque el canto es la melodía y el fuelle la instrumentación.

Por la tarde monto en ella, (Cantando.)
me voy á la calle Ancha,
luciendo mi personita,
encanto de las muchachas.

Cuando yo era chico, los compañeros de la escuela se empeñaron en que yo se lo contaba todo al maestro. Me perseguían al salir, me tiraban piedras y me llamaban soplón. Era aquello una visión del porvenir. ¡Dios

mío! ¡Aquí soplando un auxiliar de la clase de terceros, que ha sido, del Ministerio de Ultramar que fué! Ea, ya está encendida la lumbre, encandilada como los ojos de mi Antonia, de la mujercita de mi alma, de mi amor, de mi esperanza, del cielo de mi vida, mi iris, mi encanto, mi ilusión, mi ideal y mi... Vamos á mondar patatas. (Deja el fuelle; se sienta; coge un cuchillo y monda patatas.) Mi Antonia es una morena pequeñita, un grano de pimienta, una riojana con unos ojos angelicales y un genio endemoniado. La conocí en un viaje de recreo al Norte. La vi en Pozuelo, me enamoré de ella en El Escorial, me dedeclaré en Medina del Campo, me dijo que sí en un túnel, porque le daba vergüenza; pedí su mano en Vitoria, me la negaron en Tolosa, nos escapamos en Hernani y nos casaron en vascuence en San Sebastián. El padre se opuso porque decía que yo era viejo. Yo se la robé. ¡Toma viejo! ¡Qué luna de miel! ¡Qué sueño de amor! ¡Y qué terrible despertar con tres criaturas que el cielo nos mandó con la velocidad del rayo, y que ahora por fortuna duermen tranquilamente! que de estar despabiladas aquí no se podría vivir. ¡Ay, por las noches, de tres á cuatro de la mañana, que es su hora, los días de moda sobre todo, que lo son los siete de la semana, cuando empiezan á cantar al unísono!... ¡Me río yo del terceto del *Guillermo*, y del terceto de *Lucrecia*, y de la música de Wagner y de todo lo que haya hecho más ruido en el mundo! El coronel del tercero, siempre que me encuentra en la escalera, me saluda diciéndome: «¡Comprendo á Herodes!» Mire usted, parece fácil y es una cosa muy difícil pelar patatas. En fin, paciencia. Más difícil es que me repongan. Y eso que ahora está en buenas manos el pandero, en las de mi mujer. Tiene ella unos bríos y es tan pesada y tan chinche, y gasta un genio... O me trae una credencial ó se trae entre las uñas un pedazo de director, de subsecretario ó de

ministro. Yo no sirvo para estas cosas. Me presenté al ministro y le dije: «V. E. me ha dejado cesante y ha hecho muy bien. Si dispone V. E. de alguna vacante y la ha prometido á otro, hará muy bien en nombrar á su protegido. Yo me estoy muriendo de hambre, pero si el reponerme ha de ser una molestia para V. E., me acabaré de morir tranquilamente. Á los pies de V. E.» Y me retiré y vine á casa, y mi mujer me llamó animal, y se puso la mantilla y se plantó en la calle. Es claro, tengo que ocuparme de las faenas domésticas, porque aquí no hay criada, y no hay criada porque... me da vergüenza decirlo. ¡Todas las que entran se enamoran de mí! ¡Toma viejo!... ¡La campanilla! ¡Qué salto me ha dado el corazón! Pero no; su mano no es. (Corre á la puerta: la puerta está colocada á la derecha, segundo término, y se abre hacia el público, de modo que no puede verse quién llama.) Está bien; toma, anda con Dios. ¡Un continental! ¡Su letra! (Abre la puerta, la cierra y vuelve con una carta.) (Se sienta y lee.)

«Salí á las ocho,
casi en ayunas,
corrí á la casa
del director.
—¿Por quien pregunta?
Ya se ha marchado,—
dijo el portero
con mal humor.
No le hice caso,
subí corriendo,
llamé tres veces
y me hice abrir.
—Ya no está en casa,
dijo el botones,—
y de un portazo
me echó de allí.
Bajé de prisa.
Salí á la calle.
Llovía á mares.
¡Qué chaparrón!.

Compré un paraguas
por tres pesetas
para librarme
del remojón.
Me fuí á Hacienda,
limpiaba un mozo,
que me detuvo
cuando iba á entrar.
—¡Pero señora,
si aquí no hay nadie!
¡Si estoy barriendo,
vuélvase atrás!
Hasta las once
no hay oficinas.
—Pues á esa hora
yo volveré.—
Salí á la calle,
me dí un paseo,
entré en Levante,
tomé un café.
De pié te escribo,
que estoy de prisa.
Me vuelvo á Hacienda,
que es hora ya.
Iré á la tarde
ó iré á la noche.
Guardarme algo
para cenar.
Cuida á los niños,
barre la casa
y que el puchero
le espumes bien.
Y si temprano
va el panadero
toma dos roscas
y un pan francés.»

¡Pobre Antonia! Estoy seguro. No se vuelve á casa sin la credencial. ¡Dios mío! Tengo envidia hasta de ese mozo que estaba barriendo. Acepto hasta ese humildísimo puesto. Deben tener poco personal. En los ministerios debe de ser preciso barrer mucho. ¡Cielos! ¡El terceto! (**Rompen á llorar furiosamente los tres chicos. Corre á la alcoba.**) ¡Silencio! ¡Al orden!

Duérmete, niño hermoso,
(Mueve las tres cunas y canta.)
que viene el coco
y se lleva á los niños
que duermen poco.

Pero, ¡qué pulmones tienen mis hijos! ¡Ay, que se sale el puchero! (Deja a los chicos y corre al fogón.) ¡Caracoles! ¡Me he quemado! ¿Cómo estará esto? Vamos, callarse, hacerme el favor. (Prueba el caldo.) Está soso. Añadiremos sal. (Echa sal.) Ahora está salado. Echaremos agua. (Añade agua.) Ahora está soso, un poquito de sal. (Echa sal.) Otra vez salado. Pues otro poquito de agua. Qué difícil es esto. ¿Pero qué sal debo echar? La gorda ó la fina. ¡Si no lo sé! ¡Ay, que se sale un chico! (Deja el fogón y corre á la alcoba.) ¡Que se sale de la cuna! Y no se callan. ¡Ande el movimiento! (Mueve las cunas.) Vamos, estos dos se empiezan á tranquilizar. Este no. Ya sé lo que tienes, bribón. Estás muerto de hambre. Ven á mis brazos. Aquí tengo preparado el biberón. Toma. (Coge en brazos á uno de los tres: viene á la cocina, coge el biberón, ya preparado. Se sienta y se lo da.) Este es mi vivo retrato; mi boca chiquita, mis ojos picarillos y estos colores. . ¡Si parece pintado! La nariz, no. ¿Por qué habrá nacido chato? ¡Misterios de la madre... naturaleza! Hombre, no tragues tanto, que estoy cesante. ¡Pero qué pulmones y qué estómagos tienen mis hijos! ¿La campanilla? ¡Mi mujer! A tu cuna y á callarse. (Le echa en la cuna, vuelve á la cocina y abre la puerta.) Abramos. Está muy bien. Otra carta. También suya. Pues han llegado casi al mismo tiempo. Vamos, el chico que traía la primera se habrá entretenido jugando al peón.

«Mandé la carta. (Lee.)
Corrí á la puerta
del Ministerio
y esperé alerta.
Allí me estuve
sólo un instante.

Dentro de un coche
muy arrogante,
venía el nuevo
subsecretario;
un señor gordo
y estrafalario.
Me puse cerca
de la cancela,
abrí sonriendo
la portezuela;
de su pescante
bajó cual rayo;
quiso empujarme
¡pegué al lacayo!
Subió ligero
por su escalera;
yo, sin soltarle,
subí ligera.
—¡Eh, señor mío,
que hablarle quiero!—
Me detenían.
¡Pegué al portero!
Dos ó tres puertas
á un tiempo abrimos
y en el despacho
juntos nos vimos.
No me dió tiempo
de abrir la boca;
me dijo el hombre
que estaba loca.
Y yo escuchando
sus sinrazones
le dije que eran
unos ladrones.
Subió el portero
con la pareja
y me sacaron
por una oreja.
Fuí á las órdenes
del delegado,
que era otro tío
mal encarado.
Pasé encerrada
ratos horribles.

Los de la tienda
de comestibles
por fin salieron
por mí fiadores.
Y me soltaron
estos traidores.
Corrí á Levante
desfallecida,
tomé un almuerzo,
pagué en seguida.
Yo lo consigo
por la tremenda.
Esta te mando.
Me vuelvo á Hacienda.»

¡Qué mujer! No hay duda. Lo consigue. Me trae la credencial ó los ojos de un jefe de administración. ¡Ah, la carta trae su postdata!

«Haz las patatas
para la cena.
Pica cebollas
y echa pimienta
y un diente de ajo.
Para que sepa
mejor, pon caldo,
no agua; las echas
en pedacitos
con sal, y agregas
un buen chorizo;
y así á la mesa
saldrán sabrosas,
ricas y tiernas.
Nadando en caldo
que amarillea,
rojo el chorizo,
nuestra bandera.
En una falda
que hay en la percha
tienes la llave
de la despensa.»

Pelar patatas es difícil; pero guisarlas. . ¡Cómo vamos á cenar esta noche! Voy por la llave que me hace falta. Aquí no está, ni aquí.

(Va á la alcoba y registra las ropas que habrá en una

percha.) En esta faltriquera no hay llave tampoco, hay un papel. (Saca un papel.) Parece una carta. No es letra de Antonia. Carta dirigida á ella sin duda. ¿De quién será? No me ha dicho nada. A ver. A ver (Lee para sí.) ¡Dios mío! ¿Qué dice aquí? ¿Qué es lo que leo? (Lee.) «Amor mío: busca un pretexto y pasaremos el día juntos sin que se entere tu marido. Muchos besos al chiquitín, al nuestro. Tu P.» ¡Amor mío! ¡Mi mujer amor de P.! Tu P. ¡Tu Pablo! ¡Tu Patricio! ¡Tu Pepe! Tupé se necesita para escribir estas cosas. De manera que mi mujer me está representando una indigna comedia. No está persiguiendo directores, ni subsecretarios, ni procurando mi reposición. Está con un amante en los Viveros, en el Pardo ó en el Puente de Vallecas pasando el día alegremente. «¡Besos al chiquitín, al nuestro!» ¡Es decir, que de los tres uno no me pertenece! ¿Pero cuál? Pepito, no. ¡Es el primero! ¡El de la luna de miel, el del primer amor y la ilusión primera! Mi Pepito no puede ser. ¿Será Antoñito? El segundo, tampoco. Una mujer no cambia tan deprisa, ni falta tan pronto á sus deberes. Con el tiempo que pasa llega el olvido, llega todo. ¡Ah, qué sospecha! ¡Juanito! ¡El tercero! ¡Es Juanito! (Corre á la alcoba, le saca de la cuna y le trae á la cocina.) ¡Eres tú! ¡Tú! ¡Ya sospechaba yo de tus narices! ¡Pero á mí no me la da ningún chato! ¡Conque eres un intruso! ¡Ni el nombre que llevas es tuyo, ni la cuna en que duermes te pertenece, ni el techo que te cubre debe prestarte abrigo! ¡Y se ríe! ¡No tiene pizca de vergüenza! ¡Prueba palpable de su delito! ¡Monstruo que te has introducido en un hogar tranquilo para traer al seno de una familia feliz la desventura y la deshonra, yo te odio y te echo de mi casa, vete! (Extiende el brazo, le suelta y el chico cae en la tinaja.) ¡Ay, Dios mío! ¡Que se ahoga! ¡Que puede ser mío! ¡Juanito de mi alma! ¡A la cuna! Le envolveré en la manta. Le daremos calor. ¡Un

baño en Enero! ¡Pero qué desgraciado soy! (Le lleva á la cuna y le envuelve con mucho cuidado.) ¿Será Antoñito? ¿Será Pepito? Uno de los tres. Pero ¿cuál? Como el coronel del tercero, me siento Herodes. ¡No quiero ver á ninguno! (Se sienta abatido.) ¡Qué horrible es la duda! Yo afilo el cuchillo de la cocina, y degüello á los tres. Así no me equivoco. (Coge un cuchillo Campanillazo.) ¡Otra vez la campanilla! ¡Otra cartita! Se está divirtiendo conmigo! Esto es añadir el escarnio al delito! Ya voy. Al chico del Continental, le pego. (Abre la puerta.) ¡Vaya usted con Dios! ¡Déjeme usted en paz! (Cierra y vuelve con una carta.) ¡Qué se atreverá á decirme! ¡A mí qué me importa! Quiero ver hasta donde llega su osadía.

«Mi terquedad ha vencido. (Lee.)
Démonos la enhorabuena.
Acabóse nuestra pena.
Ví al Ministro. Me ha atendido.
Me he colado de rondón
y al hallarle frente á frente,
con un discurso elocuente
logré tu reposición.
En su despacho me siento,
y aunque me quieran echar,
yo no salgo hasta llevar
firmado tu nombramiento.
Adiós, mi amor, el primero
y el último, mi Pepito.
Da mil besos á Juanito.
el hijo que yo más quiero.»

¡A Juanito! ¡El hijo que más quiere! ¡El hijo del crimen! El de las narices sospechosas. Es él. Ya lo decía yo. ¡Ah! la carta trae una postdata. Me da miedo leerla. Las postdatas de mi mujer son terribles ¡Valor! (Lee para sí.) ¿Qué leo? ¡Será posible!

«En la percha de la alcoba de los niños hay una falda que no es mía. Se cayó del sotabanco y quedó enganchada en la cuerda y la recogí. Si bajan á pedirla no tengas inconveniente en entregarla.» ¡Qué he leído! ¡Qué

alegría! Bendita sea la postdata! ¡Es el de arriba el que está en los viveros! ¡Es la de arriba la que está en las Batuecas! ¡Hijos de mi alma! (Corre á la alcoba y coge á los tres en sus brazos.) ¡Pepito, Juanito, Antoñito! Todos á mis brazos. Yo bailo de felicidad. Mi mujer mía; mía nada más. Los chicos míos. El destino mío. ¿Qué me falta? ¡Mucho todavía para ser completamente dichoso! Un aplauso del público, ¡de mi público! sí, público mío... (Al dirigirse al público abre los brazos y se le caen los chicos.) ¡Ay, hijos de mi alma! (Telón.)

FIN

## ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

# PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

## FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.




# PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.